

á precio de oro: sucedense unos á otros todos los vicios exclamando cada uno: tú eres mío. Para ser uno completamente de Jesús es menester que esté libre de toda inclinación culpable, y se muestre siempre siervo fiel de este adorable Señor (1)».

¡Oh Jesús mío, yo soy vuestro! ¡Qué dulce es para mí este pensamiento: yo soy vuestro! De aquí tantos paternos cuidados de vuestra Providencia en mi favor: aquí es donde se funda la esperanza de mi salvación. ¿Podré desesperar de ella estando en vuestras manos? No, Señor, no lo permitiréis y salvándome quedaréis también Vos glorificado. *Tuus sum ego, salvum me fac.*

Mas, lo que me aterra es la sacrilega temeridad con que millares de veces he osado disponer de mí sér olvidando los incontestables derechos que Vos tenéis sobre él, usando de mi mente, de mi vida como si fuesen cosas mías... pero además ¡oh Dios mío, qué mal he usado de todo ello...!

Arrepentimiento de lo pasado. Renueva el completo ofrecimiento de tí mismo á Jesús y resuélvete á combatir enérgicamente contra todo lo que pueda separarte de Cristo. *¿Quis nos separavit a charitate Christi?* En la santa Misa fija la atención especialmente en aquella oración que precede inmediatamente á la Comunión: *Et a te nunquam separari permittas.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Todo es para mí....* La Iglesia, sus ministros, sus sacramentos, todos los medios de santificación de que dispone me pertenecen por el mero hecho de ser yo hombre, del mismo modo que me pertenecen la luz y el rocío del cielo. Si la Iglesia es para mí y el universo es para la Iglesia, no cabe duda que el universo y todas las criaturas son también para mí.... y ¡cuántos auxilios recibo de ellas!

(1) *Tuus sum ego, Apostolorum vox ista. Non potest dicere sæcularis, tuus sum... plures enim habet dominos. Non est ergo Christi nisi qui est alienus a crimine; non est Christi nisi qui potest semper se Christi servulum demonstrare.*

La vida y la muerte son mías.... ¡Qué herencia tan soberana!

PUNTO SEGUNDO.—*Yo soy de Jesucristo.* Le pertenezco, puesto que soy el precio de sus sufrimientos y de su muerte. Al satisfacer mi deuda Él pensaba que tendría un entendimiento más para conocer á su Padre, una voluntad más que le estaría sumisa, un corazón más que le amaría.... Yo soy vuestro, ¡oh Divino Jesús! ¡Qué noble servidumbre, qué pensamiento tan consolador! Ahora comprendo el por qué de los paternos cuidados de vuestra providencia para conmigo; pero lo que me avergüenza y apesadumbra es pensar que tan repetidas veces he dispuesto de mi existencia, de mi salud, de mi tiempo como si todo esto me perteneciera. Dolor. Hacer un nuevo y completo sacrificio de sí mismo á Jesús. *Suscipe, Domine, etcétera.*

MEDITACIÓN VI

El fin del sacerdote comparado con el del hombre

Non vos me elegistis: sed ego elegi vos, et posui vos ut eatis et fructum afferatis; et fructus vester maneat (1). Cotejemos estas palabras con las de San Ignacio: *Creatus est, etc.*, y en seguida hallaremos en qué puntos convienen y en cuáles se diferencian el fin del hombre y el del sacerdote.

PRIMER PRELUDIO.—Imaginaos ver á Jesucristo, Sacerdote Eterno que os ofrece á su Eterno Padre, rogándole os reciba en su sacerdocio: y á Dios Padre que acepta el ofrecimiento, diciéndoos como á hijos suyos predilectos: *Tu es sacerdos in æternum.*

SEGUNDO PRELUDIO.—Pedid las luces necesarias para comprender bien esta vocación divina, y gracia para cumplirla dignamente.

(1) Joan., XV, 16.

PUNTO I

Mi vocación al sacerdocio tiene alguna semejanza con mi creación

El hombre no se hizo á sí mismo sino que es obra del poder y de la bondad de Dios, *Creatus est homo*: el sacerdote es obra de una elección llena de misericordia, *ego elegi vos*. Luego mi ingreso en el sacerdocio es un efecto de la predilección del Señor, más grande de la que me demostró al criarme. Porque si criándome me prefirió á millones de seres posibles que jamás existirán, elevándome al sacerdocio para que fuera su ministro, me antepuso á una infinidad de hombres y de cristianos... *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos*. Para hacerme hombre me sacó de la nada: para hacerme sacerdote me sacó del mundo: *elegi vos de mundo*; de ese mundo lleno todo de iniquidad (1), donde todo es escollo para la virtud, y donde desgraciadamente hartas pruebas tuve de mi debilidad.

Si reflexiono lo que era yo, de dónde y cuándo me vino la gracia de la vocación, y lo que por ella he llegado á ser, he de reconocer que me cuadran admirablemente las palabras del Profeta cuando decía: *Suscitans a terra inopem, et de stercore erigens pauperem; ut collocet eum cum principibus, cum principibus populi sui* (2). Mas ¿cómo me llamó Dios? ¿De qué medios se sirvió? ¿Qué encadenamiento tan maravilloso de extraordinarias circunstancias me ha conducido á los pies del altar! ¡Gran Dios, cuán admirables son vuestros caminos! ¿Qué hice yo para merecer elección tan gloriosa? Bendito seáis eternamente, oh Señor, porque os dignasteis prevenirme con una gracia que os impone en cierta manera la sagrada obligación de concederme otras muchas.

(1) *Mundus totus in maligno positus est.* (I Joan., V, 19)
(2) Ps. CXII, 7, 8.

PUNTO II

Dios me colocó en el estado sacerdotal del mismo modo que colocó al hombre en el Paraíso terrenal

Después que Dios crió al hombre le colocó en el Paraíso terrenal: *Posuit eum in paradiso voluptatis* (1). ¡Qué felicidad la suya! El Señor le hablaba cual amigo al amigo. ¡Qué dulce conversación!

Ahora bien, honrándome Dios con el sacerdocio me ha colocado en el santuario, verdadero Paraíso en la tierra para un sacerdote fervoroso. Aquí es donde, si quiero, puedo disfrutar de sus alegrías celestiales; porque es la morada de la paz, la habitación de los ángeles, la mansión del mismo Dios: y ¿no es aquí donde Dios se comunica íntimamente á sus fieles ministros? Del sacerdote puede decirse lo que la reina Sabá decía de los siervos de Salomón: *Beati servi tui, qui stant coram te semper* (2).

Es verdad que para subir las gradas del santuario se requiere grande inocencia y virtud no común. *Solve calceamentum de pedibus tuis: locus enim, in quo stas, terra sancta est* (3). *Domum tuam decet sanctitudo, Domine, in longitudinem dierum* (4). Pero es cierto también que nada se hace, nada se ve en la casa del Señor que por su naturaleza no tenga por objeto la purificación del alma, el continuo acrecentamiento de las virtudes y de la verdadera santidad. La divina salmodia, la administración de los sacramentos, el augusto sacrificio, la sola presencia del Cordero siempre vivo y siempre inmolado, ¿no son medios aptísimos para levantar el alma á una perfección eminente? En verdad que parece imposible que pueda uno atender á los oficios del santuario y no hacerse santo. ¿Cómo hallar sacerdotes que á la profesión más sublime acopien las más viles pasiones? Sin embargo, hé aquí el terrible desorden sobre el

(1) Gen., II, 15.
(2) III, Reg., X, 8.
(3) Exod. III, 5.
(4) Ps., XCII, 5.

cual lloraba amargamente San Ambrosio: *Honor sublimis, vita deformis: deifica professio, et illicita actio*(1).

¡Ay, pobre de mí! ¿Y cómo no me lleno aún de vergüenza y temblor? La santidad de mi vida ¿es acaso conforme con la santidad del lugar donde paso la mayor parte del tiempo, y con las ocupaciones celestiales cuyo desempeño me fué cometido?

PUNTO III

Habiendo el hombre sido criado por Dios debe emplear todas sus fuerzas en servirle

El hombre ha de consagrar á la gloria y servicio de Dios el uso de todas sus facultades en todos los momentos de su vida. Tal es el fin próximo, con el que debe cumplir para llegar á la bienaventuranza eterna que es su fin último. Pero las obligaciones del sacerdote se extienden aún más allá, y sus esperanzas han de tener aspiraciones más altas.

En efecto, al sacerdote incumbe suplir las imperfecciones y deficiencias de los homenajes que rinden á Dios los cristianos del siglo, demasiado distraídos en los quehaceres, y harto engolfados en los negocios mundanales.

Por eso acuden á nosotros gritándonos: «¡Oh vosotros los que moráis en la mansión del Señor, levantad continuamente vuestras manos suplicantes hacia Él y bendecidle sin descanso! (2).» De suerte que para el hombre y en general para el cristiano es bastante con que sirvan á Dios; mas no así para el sacerdote el cual, por su misión, está obligado á emplear toda su existencia en ganar corazones para el Cielo..... Arrebatar las almas al mundo y á la corrupción para dárselas á Dios, hé aquí, Dice San Anselmo el fin especial de la vocación sacerdotal. *Rapere animas mundo, dare Deo, proprium est sacerdotis.*

(1) San Ambrosio, *De Dign. Sacerdotal.*

(2) *Qui statis in domo Domini, in noctibus extollite manus vestras in sancta et benedicite Dominum.* (Ps. CXXXIII, 12).

Por lo tanto, del mismo modo que si el hombre cumple con su fin será salvo, así la gloria y felicidad del sacerdote será muy superior á la de los demás escogidos si cumple el suyo. *Qui docti fuerint, fulgebunt quasi splendor firmamenti: et qui ad justitiam erudiunt multos, quasi stellæ in perpetuas æternitates* (1).

¡Oh Dios mío! En los albores de mi vocación al sacerdocio nada me parecía más bello, ni más grande, ni más sublime! Pero ¡ay de mí! apenas pasaron aquellos primeros fervores cuando mi fe empezó á debilitarse. Con facilidad increíble el hombre se acostumbra á todo, y yo miserable me he habituado á ser sacerdote, de manera que no sé adonde he llegado con mi tibieza.... ¿dónde me he precipitado?

¡Oh Jesús, Sacerdote Eterno! sacadme de este abismo; abrid mis ojos, reanimad mi languidez y habiendo ya experimentado en el altar que sois tan bueno, tan misericordioso, como lo fuisteis para conmigo el primer día que tuve la honra de servirlos como de instrumento en vuestro místico sacrificio, devolvedme, os lo ruego, el fervor y la alegría de aquel día para mí tan grato: renovad y fortaleced en mí el espíritu de mi admirable vocación: *Redde mihi lætitiám salutaris tuæ, et spiritu principali confirma me* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Mi vocación al sacerdocio tiene alguna semejanza con mi creación.* Ambos beneficios han sido de parte de Dios una muestra de su amor y predilección para conmigo. Para hacerme hombre me sacó de la nada; para hacerme sacerdote me ha sacado del mundo. Y ¿cómo me ha llamado? ¡Ah! bendito seáis, oh Señor, por haberme prevenido con una gracia que es como el primer eslabón de una cadena de muchas otras.

PUNTO SEGUNDO.—*Dios me colocó en el estado sacerdotal como había colocado al primer hombre en el Paraíso terrenal.*

(1) Dan., XII, 3.

(2) Ps. L, 14.

¿Quién me impedirá, por lo tanto, saborear las delicias celestiales que allí se encuentran? El santuario es la habitación de la paz, la morada de los ángeles, la casa del mismo Dios: yo empiezo desde ahora á hacer lo que hacen los bienaventurados en el Cielo. Es indudable que se me pide una gran santidad; pero también es cierto que tengo mil medios para adquirirla.

PUNTO TERCERO.—*Habiendo el hombre sido criado por Dios, debe emplear todas sus fuerzas en servirle.* El hombre criado por Dios debe emplear toda su existencia en servirle: cumpliendo con este fin se asegura una felicidad eterna. Los deberes del sacerdote son aún más extensos y más halagüeñas sus esperanzas. Debe esforzarse para llegar á la perfección de la caridad mediante la práctica de los consejos evangélicos. Si permanece fiel á su vocación conseguirá una corona de gloria superior á la de los simples fieles.

Dar gracias al Señor, humillarse en su presencia y preguntarse á menudo á sí mismo: ¿por qué he abrazado el estado eclesiástico?

MEDITACIÓN VII

Dignidad del sacerdocio considerada en su misión ó en su fin

- I. Respecto á Dios.
- II. Respecto á la Iglesia.
- III. Respecto á la sociedad.

La misión del sacerdote que no es sino una continuación y extensión de la de Cristo, se refiere á Dios, á la Iglesia y á los hombres: á Dios, al cual nos une el sacerdocio con los lazos más íntimos: á la Iglesia, en la cual ese excelso ministerio coloca á los sacerdotes en un puesto de preferencia: á los hombres, cuya salvación nos confía.

PRIMER PRELUDIO.—Imaginaos al Salvador resucitado, que apareciendo á sus Apóstoles, á los cuales había ordenado de sacerdotes la víspera de su muerte, les dice: *Como mi Padre me envió á mí, así yo*

os envió á vosotros: os confío la misión que él me ha confiado. *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.*

SEGUNDO PRELUDIO.—Pedidle que os inspire un profundo respeto al carácter sacerdotal y os conceda un ardiente deseo de honrarle.

PUNTO I

Fin del sacerdote respecto á Dios

Cuanto más se acerca el hombre al Sér supremo en quien reside toda grandeza, tanto más se engrandece, siendo así que la majestad del monarca irradia sus resplandores sobre toda su corte. ¡Oh condescendencia admirable la del Señor, al llamarlos al sacerdocio! No satisfecho con habernos separado de los demás hombres para unirnos á Él: *separavit vos Deus Israel ab omni populo, et junxit sibi* (1), quiso, por decirlo así, dividir con nosotros los honores del trono nombrándonos sus legados, y concediéndonos al mismo tiempo todos los derechos debidos á los representantes de tan excelso soberano: *Quien á vosotros oye, nos dice, á mí me oye: el que os desprecia á mí me desprecia* (2).

Y ¿cuál es el objeto de esta legación del Cielo sobre la tierra? Publicar la ley del Señor del universo, sostener su causa, procurar que sea respetado su nombre, defender sus intereses. De este modo todo un Dios se ha hecho, permítasenos la expresión, nuestro cliente. ¡Oh pensamiento sobre toda ponderación tierno y sublime! Él nos ha encargado fuésemos protectores de su gloria y vindicásemos sus ultrajes, nos ha confiado el cuidado de establecer y consolidar su reino sobre las almas. El sacerdote es pues, verdaderamente el hombre de Dios: *Tu autem, o homo Dei* (3); es el hombre de la Santísima Trinidad, su público adorador, propagador de su culto..... el hombre del Padre para consagrarle sus hijos adoptivos, para educarlos en su servicio, para

- (1) Num., XVI, 9.
- (2) Luc., X, 16.
- (3) I Tim., VI, 11.

encaminarlos á su reino; el hombre del Hijo, predicando su Evangelio, sacrificando su cuerpo, dispensando sus misterios, utilizando su sangre, y aplicando á los hombres los frutos de su Redención copiosa: el hombre del Espíritu Santo, porque cabalmente este divino Espíritu se vale del sacerdote para iluminar las inteligencias y santificar los corazones de modo tal que no ejercita su oficio de santificador sino por medio del sacerdocio: *Munus Spiritus Sancti, sacerdotis officium* (1).

PUNTO II

Fin del sacerdote respecto á la Iglesia

Siempre ocupa en ella un puesto honorífico. Todas las diferentes figuras bajo las que se nos representa la Iglesia, nos dan la idea más sublime del sacerdocio. Porque la Iglesia es la Esposa llena de gloria, á la cual Jesús amó hasta derramar su sangre por Ella para purificarla de toda mancha y limpiarla de toda culpa, y su custodia está confiada á los sacerdotes que velan para conservar su belleza y se esmeran para que no deje un punto de ser digna de su adorable Esposo (2).

Ella es el ejército ordenado para la batalla que pelea en favor del Cielo y contra el infierno: *Acies ordinata* (3), y los sacerdotes, como lugartenientes de Jesús son los oficiales de esta milicia santa. Ella es la barquilla que navega por un mar sembrado de escollos y tempestades, su piloto es Cristo; pero los sacerdotes han de dirigir su rumbo, luchar contra las oleadas, conducir los pasajeros, sus hermanos hasta el puerto feliz de la eternidad. Ella es el cuerpo místico, cuya cabeza es el Hijo de Dios, cuyos miembros son todos los

(1) San Ambrosio.

(2) *Presbyteros ad custodiam sponsæ suæ, tanquam vicarios suos reliquit.* (Petr. Bles., *Serm. in synod.*) *Sponsæ custodes, amici, necessarii, domestici.* (San Bernardo, *Serm. ad cler. in concil. Rem.*)

(3) Cant., VI, 3.

cristianos; los sacerdotes empero son los más notables. *Pars membrorum Christi prima* (1). Ellos son los ojos que lo iluminan, el corazón que lo vivifica, las venas cuya sangre es el fuego de la caridad divina sin la cual no hay vida. Ella es el pueblo conquistado que tan caro costó á su Redentor. *Populus acquisitionis* (2). *Empti estis pretio magno* (3), y los sacerdotes son los magistrados, los doctores, los príncipes de este pueblo privilegiado, de esta nación predilecta. Ella es el regio alcázar que la sabiduría se ha construido, donde los hijos de Dios son alimentados, criados y enriquecidos con todos los bienes, y los sacerdotes son los intendentés: *præpositus omnibus, gubernabat creditam sibi domum* (4); ellos son las columnas de este templo, sostienen á la Iglesia, y el universo pesa sobre sus hombros. Quitad sino el sacerdocio, y ¿qué le quedará á la Iglesia? Haced que desaparezca el sacrificio de propiciación que ofrece el sacerdote ¿y qué será del mundo? *Nutantibus orbis statum sustinent.*

PUNTO III

Fin del sacerdote respecto á la sociedad

Dios nos eligió para ayudarle como cooperadores suyos en la grande obra de la Redención. Por esto San Jerónimo nos llama *mundi salvatores*. ¿De qué admiración y obsequio no sería digno aquel á quien el Señor hubiese escogido y adoptado por compañero de gobierno en el universo para que con Él cooperase á moderar el curso de los astros, las vicisitudes de las estaciones, y hasta á criar nuevos mundos? ¡Oh sacerdotes, vosotros sois objeto de una distinción aún más luminosa! No fuisteis llamados á empuñar cetros, ni á calmar las tempestades, cosas que no llegan más allá del orden natural y de los

(1) San Pedro Damiano.

(2) I Pert., II, 9.

(3) I Cor., VI 20.

(4) Gen., XXXIX, 4.

tiempos; sino que habéis sido llamados para poblar de escogidos los Cielos, para arrancar víctimas al infierno, para santificar almas y cooperar á la redención de un mundo espiritual é imperecedero: cosas propias de un orden eterno y divino.

¡Oh Sacerdote! El que crió el mundo sin tí no quiere salvarlo sin tí. No olvidemos que toda la vida de Cristo llevaba por único blanco la salvación del mundo y á esto mismo debe consagrarse por completo la vida del sacerdote. Oid: está designando vuestra misión: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*. Vosotros seréis los instrumentos de mi gracia, os dice Jesús, y por vuestro medio cumpliré, hasta el fin de los siglos, los designios de mi misericordia.....»

Con los ojos pues, de la fe ya no vemos en el sacerdote al hombre, sino descubrimos tan sólo á Jesucristo, que continúa su obra de reparación á gloria de Dios y felicidad del linaje humano. Él es en efecto el que desde lo alto de su cátedra nos instruye: él quien nos regenera con las aguas saludables del bautismo, nos perdona los pecados en el tribunal de la penitencia, y sobre el altar obra el más estupendo de los milagros; pero para todo esto quiere servirse de sus ministros por cuyo medio nos abre las fuentes de la salud.

Humillémonos hasta el polvo pensando en los beneficios que nos ha otorgado y que obra el Todopoderoso por nuestra mediación: *Fecit mihi magna qui potens est* (1), y reflexionemos que la medida de nuestra humillación ha de ser la de nuestra exaltación: *Quanto magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam* (2). ¡Oh Dios mío, Vos me honrasteis con un sacerdocio mucho más glorioso que el de Aarón, y por lo mismo á mí más que á él conviene lo que dice el Eclesiástico: *Excelsum fecit..... et circumcinxit zona gloriæ, induit eum stolam gloriæ* (3).

(1) Luc., I, 49.

(2) Eccli., III, 20.

(3) Eccli., XLV, 7, 9.

Y ¿puedo yo pensar en ésto sin llenarme de confusión? *O quam magnam continet in se dignitatem, formidabile et admirabile sacerdotium!* (1). La mancha más leve afea demasiado una púrpura rica y espléndida: ¿caso sólo con manchas leves he afeado mi carácter divino? *Sicut pretiosam vestem, dice San Bernardo, exigua quævis macula turpius decolorat, nobis ad immunditiam minima quælibet inobedientia sufficit* (2). ¡Ay de mí! Qué espectáculo tan triste he ofrecido á las miradas de los ángeles, justamente enojados muchas veces por mis iniquidades, y sobre todo, cuán abominable habré sido á vuestros ojos, oh Señor, siendo así que es *monstruosa res, gradus summus, et animus infimus, sedes prima et vita ima!* (3)

Y ¿qué otra cosa es una excelsa dignidad en una persona indigna sino un rico adorno arrastrado por el lodo? *¿Quid est dignitas in indigno, nisi ornamentum in luto?* (4) Dios mío, yo quiero respetar el austero carácter de que os dignasteis revestirme, y ayudado con vuestra gracia procuraré honrarlo en la misma medida de la honra que me da. *Ego ministerium meum honorificabo* (5).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Fin del sacerdote respecto á Dios*. El hombre es tanto más grande cuanto más se acerca á la grandeza infinita: *separavit vos Deus Israel ab omni populo, et junxit sibi*. El sacerdote es el embajador de Dios, el hombre de Dios, *homo Dei*: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Todopoderoso se ha hecho nuestro cliente y nos ha encargado defender sus derechos.

PUNTO SEGUNDO.—*Fin del sacerdote respecto á la Iglesia*. En ella ocupa siempre un lugar de preferencia. Todas las figuras con que la Iglesia viene representada cuando se le llama esposa de Cristo, ejército aperecebido para la pelea, navicilla

(1) San Efrén, *de sacerdotibus*.

(2) San Bernardo, *Serm. de trip. cust.*

(3) San Bernardo, *de Consid.*, I, 2.

(4) Sal., lib. II, *Ad Eccles. catholic.*

(5) Rom., XI, 13.

agitada por las olas y jamás sumergida, cuerpo místico del Salvador, pueblo de la reconquista, edificio levantado por la sabiduría, etc., contribuyen de una manera muy eficaz para poner de relieve la gloria del carácter sacerdotal.

PUNTO TERCERO.—*Fin del sacerdote respecto á las almas.* Toda la misión de Jesucristo sobre la tierra no tuvo otro objeto que la salvación de las almas; la misión del sacerdote es idéntica á la de Jesucristo. *Como mi Padre me ha enviado así yo os envío á vosotros.* Nosotros somos por tanto sus cooperadores y auxiliares. Debiera pues, nuestra humildad guardar relación con nuestra dignidad.

MEDITACIÓN VIII

Dignidad del sacerdocio considerado en su poder

- I. Extensión de su poder.
- II. Dignidad que nos confiere.

PRIMER PRELUDIO.—Representaos á Jesús bendiciendo á sus Apóstoles y diciendo en la persona de ellos á todos sus ministros: «Todo poder se me ha dado en el Cielo y en la tierra: así como os he hecho compañeros en mi misión, os hago también partícipes de mi poder. Id, predicad mi Evangelio, bautizad: se le perdonarán los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonareis, etcétera.....»

SEGUNDO PRELUDIO.—Rogad al Espíritu Santo que os haga comprender la dignidad á que os eleva el poder sacerdotal, y pedidle os inspire sentimientos conformes á tan sublime dignidad.

PUNTO I

Extensión del poder sacerdotal

Puede decirse que es ilimitado bajo cualquier aspecto que se le considere, ya sea respecto al tiempo, ya respecto á los lugares ó á las personas.

Es ilimitado respecto al tiempo, porque no terminará sino con el mundo. Mientras haya en la tierra

una sola alma que arrancar al error y al vicio para santificarla y salvarla, el sacerdocio le proporcionará los medios: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi* (1).

Es ilimitado respecto á los lugares, porque habiendo sido dadas á Jesucristo todas las naciones por herencia, no hay en la tierra un solo punto donde no deba reinar (2).

Pero Él no reina sino por medio de sus ministros, los cuales por la fe van subyugando dulcemente los entendimientos: *Prædicate Evangelium omni creaturæ* (3) y por el acatamiento y obediencia de su ley van conquistando los corazones: *Docentes eos servare omnia quæcumque mandavi vobis.* De manera que no hay en este mundo lugar alguno que no experimente la influencia del poder sacerdotal, el cual se extiende aún más allá siendo agradable al Cielo que puebla de escogidos, y temible al infierno por las víctimas que le arranca. Este excelso poder sostiene á la Iglesia militante, proporciona eficaces consuelos á la purgante, y aumenta el júbilo de la triunfante. Sólo el sacerdote puede en cierto modo apropiarse las palabras del que le envió: *Data est mihi omni potestas in cælo et in terra* (4).

Es ilimitado con relación á la persona, porque lo mismo los grandes que los pequeños, los reyes que los vasallos, los sabios que los ignorantes, todos dependen de nuestra autoridad, pues esperan de nosotros luz, perdón y vida. *Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet* (5).

¿Quién pues, osará poner límites á un poder que puede aplacar al Eterno Padre irritado..... mandar á su Hijo Divino que baje á las manos de sus ministros que disponen de él como les place? ¡O preclara-

(1) Math., XXVIII, 20.

(2) *Dabo tibi gentes hæreditatem tuam, et possessionem tuam terminos terræ.* (Ps. II, 8).

(3) Marc., XVI, 15.

(4) Math., XXVIII, 18.

(5) Joan., XI, 25.